



REVISTA SEMANAL

Entered as second class matter at the Post-Office at Manila

DIRECTOR:—Alejandro de Aboitiz

ADMINISTRADOR:—Vicente Agan

TEL. 572

P. O. BOX 1659

Vol. II.

Manila, 1 de diciembre de 1923.

Num. 48

“ZEITGEIST”



todos desagrada el oficio de espía, aun por ventura a aquel mismo a quien se lo encomiendan so color de beneficio general. Tan arregostados somos al ejercicio de la libertad individual, que brota en cuantos no hayan sufrido la quiebra total de la voluntad un gesto de rebeldía cuando acaso entienden ser el blanco de la vigilancia de quien se propone salirles al paso en la más favorable coyuntura, para amojonarles la parcela donde pueden merodear a su talante, sin temor de verse detenidos por el dueño de la vecina heredad.

A raiz de la fundación de ESTUDIO se dignaron desventuradamente mis compañeros de redacción endosarme este honroso y difícil cometido de estar en todo momento apostado a la puerta del templo con el objeto de evitar cualquier profanación. En honor de la verdad he de reconocer no haberme nunca disgustado el

cargo de portero de la casa del Señors mas también se me alcanzan los gajes inherentes a empleo tan entrometido por naturaleza, como seamos unos y otros muy duros de pelar si nos ponen en el trance de reducir los actos de nuestra existencia a un común denominador.

De donde, pues vamos ganando antipatías al compás del cumplimiento de la misión a nosotros encomendada, no nos fiamos de la propia sombra, hasta el punto de renunciar en ocasiones a la presentación de la cédula personal. “¿Podría V. decirme quién es Paulino?”, nos interrogaba días pasados un respetable religioso, que había sin duda descubierto en nuestra peculiar catadura algunos puntos de contacto con el encargado de esta sección. “No, señor”, le contesté sin vacilar, mientras arqueaba las cejas y levantaba los hombros, para mejor guarnecer mi lacónica respuesta y comunicarle todas las apariencias de la verdad.

La verdad era que me resultaba imposible descubrirme, porque semejante proceder se presentaba en aquella coyuntu-

ra a mi imaginación con las gigantescas proporciones del acto heroico, al cual nadie está obligado y menos todavía cuando sólo se persigue la satisfacción de una curiosidad. El interrogante intentó halagar mi vanidad, otorgando a esta labor un mérito injustificado, pero merced a mi habitual precaución de no morder la carnada por temor del anzuelo, salí del aprieto como mejor pude y sin haber dado mi brazo a torcer.

Doseosos los unos de meterme en cintura, apelan a la libertad de imprenta, según la cual le es dado a todo escritor hacer de cualquier pluma de ganso manantial de disparates, con el propósito de canalizarlos en las columnas de la prensa cotidiana, tan provechosa a la causa del bien si se la maneja en consonancia con los principios de la verdadera religión, como dañina hasta lo incalculable cuando por la torpeza o la malignidad de sus fabricantes queda reducida a la humillante condición de mercadería, a servicio del mejor postor.

Y yo, aunque instintivamente y por educación abomino del libertinaje de impresión como origen de la casi totalidad de las calamidades sociales de las dos últimas centurias, hago precisamente hincapié en ese principio corrosivo a donde se acogen los pregoneros de todo error doctrinal para sentar plaza de plumista, yá que nunca le haya sido, y defender las enseñanzas del Catolicismo, recia e insistentemente atacadas por quienes han oído campanas, desconocen tal vez el tono del tañido y seguramente el significado del repique y no obstante esa nesciencia se lanzan a la lucha cual si tocaran a somatén.

“¡Nadie se mete con él!”, cuentan haber dicho hace algún tiempo uno de los escritores cuyas tesis nos decidimos a poner en berlina, porque con la ligereza y falta de tino delescolano se permitió el lujo de dirigir estocadas a las doctrinas más fundamentales de la Iglesia Católica, interpretándolas a capricho para obtener conclusiones de apariencia lógica, las cuales, yá que fuesen verdaderas, darían motivo muy sobrado de crítica a todo hombre medianamente razonador.

Muy cierto es no haberse metido el citado plumista conmigo, pero no lo es menos haberme yo limitado a repeler ataques injustificados de los dogmas de la fe, más intangibles en mi estimación que la propia honra, en defensa de la cual no habría-

mos quizá invertido tantas energías como llevamos yá consagradas al sostenimiento de los artículos del Credo de los Apóstoles, por cuya pureza han venido combatiendo los apologistas católicos de generación en generación.

Y si a pesar de vivir nosotros arma al brazo y en nunca interrumpido servicio de centinela, son muchos los provocadores de la acera de enfrente que aprovechan toda oportunidad de ridiculizar la Iglesia o alguna de sus instituciones o prácticas, no es necesario ser muy agudo para deducir cuán expuestos habríamos de quedar a las acometidas de los adversarios, en el supuesto de retirarnos los católicos al cuartel y permanecer en él adormilados al eco enervante de una melodía de holganza, inspirada en mal entendida prudencia y peor interpretada caridad.

La primera de estas virtudes se dirige a regular el ejercicio de las demás y “enseña a discernir el bien del mal para seguir el uno y huir del otro”, pero se convierte en pernicioso programa de conducta “cuando, como sucede con frecuencia, pasa a ser la esposa aparente del bien y la poco disfrazada concubina del mal, cuando es hipócrita escudo del indiferentismo o la máscara ruin de la cobardía”, que entonces a su amparo penetran los enemigos en la ciudadela y se adueñan del espacio murado sin disparar un solo tiro de fusil.

Por otra parte, la caridad debidamente entendida nos veda pungir con pluma manejada a guisa de estilete la personalidad del escritor, pero imponiéndonos al mismo tiempo guerra sin tregua ni armisticios a los falseedores de la verdad, con el fin de evitar a los incautos o menos instruídos la caída en los reclamos del error, a las veces aderezados con gracia y rara habilidad, merced a tortuosos sofismas y artificios de imaginación, no siempre fáciles de desenredar.

Claro está que, aun presentado el problema en esta forma, pudiéramos dar a la exposición de doctrinas una apariencia más nóanima y menos circunstancial, pero el menos pensador de cuantos nos leyeren habrá de comprender cómo con envoltura indefinida y en fondo plomizo perderían notablemente sus atrayentes matices de actualidad las cuestiones desfloradas en esta sección, las cuales únicamente a la frescura deben su partecica de interés.

Los torneos académicos y las polémicas de salón' donde los combatientes están

obligados a presentarse con las manos enguantadas, atraen siempre numeroso público, al cual se le pone, gracias a ese recurso de escenario, en el trance de escuchar con curiosidad disertaciones que se resistiría a soportar pronunciadas en tono de cátedra y sin el atractivo de los encuentros literarios, cortados tan al talle de las aficiones de la edad presente y del pueblo Filipino en especial.

Al apologista Católico no le queda otro camino para distribuir sus producciones entre un contingente considerable de lecto-

res, sino adobar los temas de la religión de acuerdo con las inclinaciones dominantes de su siglo, condimentar las sustancias en consonancia con el paladar de la mayoría, adaptarse, en cuanto le fuere posible y lo consintiere la intransigencia de la verdad, a la manera de ser de sus coetáneos, a eso que los alemanes designan con el nombre de "Zeitgeist", el espíritu de la época, con dición indispensable para el triunfo pasajero o perdurable de toda producción intelectual.

PAULINO.

EL PADRE PIO



DIRECTAMENTE aludido por la revista semanal "ESTUDIO" al rechazar las impugnaciones lanzadas contra el P. Pío de Pietraelcina por un desventurado escritor en un semanario anticatólico, me creo en el deber

de hacer constar que mi opinión personal y seguramente la de todos los que han visto de cerca y tratado como yo al famoso capuchino, está muy distante de parecerse a la de "Fr. Gerundio" del Independent.

No es ésta ocasión de descender a detalles ni referir al por menor cuanto vi y admiré en el convento de Ntra. Sra. de las Gracias de San Giovanni Rotondo en donde mora el P. Pío; ocasión tendré de extenderme acerca del particular en uno o varios artículos de la serie Un mes en Italia que en breve comenzará a publicarse en La Defensa. Pero aquí y en todas partes me es grato consignar que de la impresión que me causó el famoso capuchino de Foggia, no solamente no le es desfavorable, sino que por el contrario, salí de allí grandemente edificado por haber tenido ocasión de tratar de cerca a un religioso humildísimo, pobre, mortificado, penitente, celoso del cumplimiento de su deber, modesto, caritativo, enemigo de la lisonja, desasido de los bienes terrenales, y sobre todo, observantísimo de esa virtud preclara que es la piedra de toque de la perfección en la vida religiosa: la obediencia.

Yo ya sé que la última decisión de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, al afirmar que no consta la sobrenaturalidad de los hechos atribuidos al P. Pío, termina con la recomendación a todos los fieles, de confor-

mar su conducta con semejante criterio. Como hijo sumiso de la Iglesia Católica, acato humildemente esta decisión y ajusto a ella mi criterio en lo que a la sobrenaturalidad de tales hechos se refiere; pero ahora como antes, jamás podré dudar de la buena fé del famoso capuchino, cuyas virtudes, confesadas por los que de cerca y por largo tiempo le trataron, pónenle a cubierto de toda sospecha de embaucamiento y falsedad a sabiendas. Y en esta opinión mía abundan muchísimos otros visitantes de San Giovanni Rotondo que han consignado en un álbum ad hoc dispuesto por los superiores de aquel convento, su opinión altamente favorable respecto al P. Pío, en quien reconocen todas esas virtudes que tuve la dicha de admirar en su persona.

A buen seguro que si alguno se ha alegrado de la decisión del Santo Oficio es el mismo interesado, cuya profunda humildad no podía llevar en paciencia los homenajes que le tributaban, no ya solo las turbas sencillas, sino también las personas ilustradas que le visitaron en el histórico Monte Gargano.

En resumen: cada vez que recuerdo las gratísimas impresiones que experimenté en aquella detenida visita, cruzan por mi mente aquellas palabras del Salvador cuando hablando del Bautista a las turbas que le rodeaban, claramente manifestó que el penitente del Jordán ni era una caña a quien cualquier viento agitaba, ni tampoco un hombre entregado al lujo y a los placeres. El P. Pío, para mí, aun despojado de la aureola de taumaturgo con que la piedad popular se complacía en nimbarlo, siempre será un tipo admirable por sus relevantes virtudes que le hacen acreedor al respeto, por lo menos al respeto, de todo hombre honrado y libre de prejuicios.

MANUEL RÁVAGO.